

**Pregón de Semana Santa, Logroño, 2 abril de 2009. Catedral de la Redonda.**

Sr. Obispo, sacerdotes, religiosos, Hermanos Mayores, miembros de las cofradías de Logroño, Muy buenas noches a todos.

Es para mí un tremendo honor y una grandísima responsabilidad ser este año el pregonero de la Semana Santa de Logroño. Espero no defraudar la confianza depositada en mi tanto por el Sr. Obispo como por las demás personas que creyeron que yo era la persona indicada. Gracias a Don José Luis Moreno y Fermín Labarga por su ayuda, sabiduría y fe.

Yo soy seguramente el más indigno para hablar desde este púlpito a personas más fieles y devotas que yo, pero por algo me habrán elegido e intentaré poder transmitirles y llevarles la voz de Dios a sus corazones.

Me dijeron que debía hablar de mi experiencia de la Semana Santa, de mi experiencia personal y no tratar de dar un sermón o lección teológica de lo que representa este momento en la vida cristiana, para ello hay gente mucho más sabia que yo en nuestra Iglesia.

Así que por favor les pido me concedan su atención durante este rato que vamos a compartir. No tengo grandes, ni novedosas cosas que contarles pero puedo asegurarles que les voy a hablar con toda sinceridad desde mi fe y corazón de lo que para mí supone la Semana Santa y la Pascua de nuestro Señor Jesucristo.

Empezaré confesándoles que yo no pertenezco ni he pertenecido nunca a ninguna cofradía de Semana Santa, ni a la joven cofradía de mi pueblo Alberite y que con tanta fuerza y fe impulsa Don Armando. Con ello no me cierro la puerta a futuras adhesiones.

Mis primeros recuerdos de este momento litúrgico clave para cualquier cristiano son de mi infancia. Concretamente hasta los 12 años tengo la imagen grabada de mi querido abuelo Santiago, ya fallecido, que me traía a Logroño del pueblo para ver las procesiones, especialmente la de viernes Santo, y más concretamente se quedó tatuada en mi memoria e historia de fe el Santo Sepulcro de la Redonda, una imagen que siempre me ha transmitido el dolor y sufrimiento que pasó por nosotros Jesús. Jesús muerto, lleno de sangre y signos de violencia en una urna de carey, maderas nobles y plata. Siempre que entró a la Redonda me acerco hasta esta imagen y me quedo unos minutos en oración y recogimiento ante ella, como ejemplo de nuestra fe tan extraña. Nuestro señor, nuestro Dios, en el que creemos,

muerto y débil. Adoramos a un Dios que murió crucificado, la muerte más deshonrosa en su época. Ese cuerpo muerto y lleno de sangre lo custodiamos en la mejor hornacina porque creemos que murió por todos nosotros. Nuestro Dios, no un Dios superman, no es como las estrellas de ahora ni de las de ninguna época. Siempre me ha llamado la atención la tremenda contradicción que supone Jesús y nuestra fe.

También recuerdo de Alberite la representación de la última cena y como Don Arturo, párroco en aquellos años, lavaba los pies de gente del pueblo, muchos de ellos tíos o familiares míos. En mi infantil fe y entendimiento se me quedó grabada otra vez más que nuestra fe es extraña, es de servicio, de humillación, de humildad, de todo lo contrario a lo que en la sociedad de hoy se lleva y se admira. Eso me fascinó de pequeño y me sigue haciendo reflexionar mucho hoy en día.

He limitado los recuerdos de mi infancia hasta los doce años porque a partir de esta edad hasta los 17 pasé las Semana Santas de vacaciones con mis padres y hermano en diferentes partes del mundo y perdí el contacto con las celebraciones de aquí. En casa, por cuestiones de trabajo, era el mejor momento de irnos todos de vacaciones y así conocí el mundo: Egipto, Estados Unidos, Kenia, Tailandia, Francia, Inglaterra, etc. Semana Santa sinónimo de familia, los días en que más unidos nos

encontrábamos y más disfrutábamos de mi padre que en el día a día apenas lo veíamos al estar todo el tiempo trabajando. También es sinónimo de misas en inglés u otras lenguas extrañas. La verdad os confesaré que más que estas celebraciones, la pasión y resurrección la vivía de un modo personal más que comunitario, rezando en la intimidad de mi habitación o leyendo el nuevo testamento que siempre llevaba a los viajes.

Con 17 años hasta los 21 años fue otra etapa de mi vida y la semana Santa por consiguiente también la viví de modo diferente. Con 16 años, tras el asesinato de los jesuitas en el Salvador, el Padre Ellacuria y demás compañeros y dos mujeres empleadas de la casa, sentí la llamada de Dios a la vida religiosa, sentí en lo más profundo de mi corazón que Dios, mi Padre, nuestro Padre me pedía que dejase todo para consagrar mi vida a él y a su Reino, especialmente a los más necesitados. La semana santa con 17 años la pasé en Villagarcía de Campos, Valladolid, en una pascua organizada por los jesuitas y donde acudimos cerca de 500 chicos y chicas de los diferentes colegios del norte de España. Yo sobre todo recuerdo la noche de Pascua, todos juntos cantando, con velas, celebrando la Resurrección de Jesús. Tras unos días de reflexionar sobre la pasión y muerte de Jesús. Aquí descubrí que nuestra fe se basa no en que Jesús muriese por

nosotros, sino que venció la muerte y resucitó y con ello nos mostró que la muerte y el sufrimiento no es final de todo, sino que lo importante es la vida. La vida triunfa sobre la muerte. Me ayudó a confirmar la vocación y a darme fuerzas para seguir adelante.

Durante los tres años siguientes los pasé ya como novicio, en Valladolid, como un joven jesuita que aprendía lo que era la vida religiosa. Ser religioso me acercó a Jesús de un modo muchísimo más íntimo y profundo. En aquellas tierras castellanas descubrí con fascinación una de las ciudades con más tradición de Semana Santa y con las mejores imágenes, recuerdo el frío intenso, el recogimiento en cada procesión, las lágrimas de los vallisoletanos al salir la Virgen de las Angustias de su Iglesia, los tambores. Fue redescubrir las celebraciones de semana santa en España y que desde hacía años no veía por estar en el extranjero.

Estudié primero de filosofía en San Pablo con los dominicos, justo al lado del Museo Nacional de Escultura, donde custodian las tallas que sacan en procesión. Muchos días me acercaba a visitar aquel museo y aquellas imágenes de la pasión y muerte de Jesús. Recé delante de ellas y lloré muchas veces. En esos años algún día de semana santa íbamos a la Pascua de Villagarcía a dar testimonio a los jóvenes y a ayudar a los jesuitas mayores. Vi y sentí mucha fe en aquellos chavales, venían a hablar conmigo

muchos de ellos y me contaban su fe y vivencias, fue muy rico y bonito, una gran oportunidad.

Conocí en estos años la pasión encarnada en este mundo, me mandaron varios meses de verano al Proyecto Hombre de Bilbao, con los drogaditos y sus padres que sufrían más que los mismos chicos. Luego en Gijón, estuve en el Hogar de San José, un centro de acogida de niños huérfanos o con problemas familiares. En la mencionada ciudad además estuve en el Albergue Municipal atendiendo a los más pobres y abandonados de aquella región. Los jesuitas y la oración me ayudaron a ver a Jesús crucificado y sufriente en esa gente. Desde entonces mi fe dice que todavía Jesús sigue muriendo y sufriendo en cada persona que sufre y que como creyente debo transmitirles el amor de Dios y que al final puede triunfar por encima de todo mal y pozo oscuro donde se encuentren.

Yo mismo sufrí una fuerte depresión y noche en mi fe los dos últimos años que estuve de jesuita. Sentía el amor de Dios profundamente pero por otro lado es como si me hubiese abandonado o puesto a prueba mi fe, como Jesús en el huerto de los olivos. Sufrí mucho, me pasé temporadas hospitalizado, el maestro no me dejó hacer los votos en aquella situación, ni ir con mis compañeros a Salamanca a estudiar, lo que produjo en mí más desasosiego y dolor, al final tras rezar mucho y dejarme guiar por los consejos de los jesuitas más próximos a mí y que

mejor me conocían entendí que Dios me pedía que dejase la vida religiosa y volviese a casa. Dios me pidió que lo dejase todo y lo siguiese como religioso y ahora me pedía que volviese con los míos y de nuevo a casa, en Alberite.

A partir de aquí, estudié Derecho en la UR, viví con mis padres, volví a viajar en Semana Santa con ellos, a otros lejanos países, México, Alemania, Puerto Rico, Suiza, etc. De nuevo volvía a no vivir la semana santa en comunidad sino en privado, en mi habitación y eucaristías con gente extraña.

Estos viajes acabaron cuando mi abuelo Santiago murió, ya dejamos de ir todos juntos en semana santa de vacaciones y varios años estuve en La Rioja trabajando y compartiendo las celebraciones y procesiones de Logroño. Fue un redescubrimiento. Mi abuelo me llevó de niño y ahora su falta hacía que volviese a estar en ellas.

Hablando de mi abuelo, se me han muerto tres abuelos y mucha gente querida en mi vida. En cada momento me he acordado de la muerte de nuestro Jesús y también de su resurrección. La fe me ha ayudado muchísimo a encajar esas muertes y confiar en que hay algo más, en que tras la muerte hay vida.

Estamos ahora en un momento de crisis, si, la palabra clave y más citada últimamente por todos.

Mi familia, y yo en nuestro negocio, la vivimos y sufrimos pero pienso cuantos la sufren en peores condiciones que yo, cuanta gente está desesperada, no ve futuro, quizá también muchos de vosotros o gente próxima estéis en paro, o hayáis cerrado vuestro negocio, no tengáis dinero suficiente para llevar adelante vuestros sueños o pagar a vuestros hijos la formación que queráis. Pensar en el tercer mundo, en África, casi siempre olvidada o en zonas de guerra. Toda esa gente necesita saber que Dios les ama, que él sufrió como ellos o más y que eso no es el final de todo, que la fe nos hace creer y esperar una resurrección, una nueva vida. De verdad, creerme, nosotros los cristianos lo último que tenemos que perder es la fe en que siempre existe una nueva oportunidad.

No puedo terminar sin hacer un breve comentario a algo fundamental para mí. En mi vida hay un hecho singular que ha acontecido recientemente y que me ha llenado de ilusión y amor, es el nacimiento de mi hijo. Esta cuaresma mientras rezaba leyendo por las mañanas la pasión según San Marcos, no he podido dejar de pensar en lo que debió sufrir y sufre hoy en día nuestro Padre Dios cuando vio morir a su hijo Jesús y cuando contempla que cada uno de nosotros sufre. Ahora que soy padre, he descubierto de un modo mucho más crudo, que no hay nada peor y más duro que ver sufrir o morir a tu propio hijo. Muchos de vosotros sois padres y me entendéis bien.

Hacer el esfuerzo de poneros en el lugar de Nuestro Dios Padre para percibir con más realidad lo que en la Pascua celebramos.

Gracias a todos por escucharme,  
Gracias a Dios por estar junto a mí en la vida, por darme fe, por hacerme ver a Jesús crucificado en la gente que sufre y moverme a llevar un mensaje de esperanza, amor y fe en que al final el bien, la vida triunfa sobre la muerte.

Queridos amigos de las Cofradías de Semana Santa de Logroño por favor, durante los actos de estos días, deteneros de vez en cuando y pensar en lo que estáis haciendo y porque lo hacéis. Sois los mensajeros, los encargados de transmitir a todos los demás logroñeses y gente que os vea, vuestra fe en un Dios crucificado por nuestros pecados pero que al final resucitó y venció también por nosotros. Solamente seréis creíbles si lo hacéis de corazón y con fe, sino seréis meros comediantes.

Cofradía Entrada de Jesús en Jerusalén.

Cofradía de la Flagelación de Jesús.

Cofradía de Jesús Nazareno y N<sup>a</sup> Señora de los Dolores.

Cofradía de la Santa Cruz HH. Maristas.

Cofradía de María Magdalena.

Cofradía de las Siete Palabras y del Silencio.

Cofradía del Santo Cristo de las Ánimas.  
Cofradía el Descendimiento de Cristo.  
Cofradía de la Piedad.  
Cofradía del Santo Sepulcro.  
Cofradía Nuestra Señora la Virgen de la Soledad.

Gracias de nuevo a todos. Muchas Gracias y que Dios escuche vuestras plegarias y sacrificios. Y que a través vuestro, la gente sienta y ahonde en el misterio de la Semana Santa.

Adiós.